

EFFECTOS ECONÓMICOS DE LA INMIGRACIÓN EN ESPAÑA

**Jornadas sobre inmigración
I Informe FEDEA**

FEDEA

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES

2009

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Presentación del Informe	9
Miguel FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ, Gobernador del Banco de España	
Introducción: Interpretando la llegada de los inmigrantes a España.	15
Michele BOLDRIN, coordinador	

ARTÍCULOS

1. Redes sociales y la inmigración española: un análisis de la inmigración a España 1997-2006	29
Rickard SANDELL	
2. Inmigración y delincuencia en España, 1999-2007: explicando un comportamiento excepcional	61
César ALONSO-BORREGO, Nuno GAROUPA, Marcelo PERERA y Pablo VÁZQUEZ	
3. ¿Complementarios o sustitutivos? Especialización de inmigrantes y nativos en distintas tareas en España	99
Catalina AMUEDO-DORANTES y Sara DE LA RICA	
4. Inmigración y resultados educativos en España	139
Florentino FELGUEROSO, Pablo VÁZQUEZ y Natalia ZINOVYEVA	
5. Inmigración y demanda de servicios sanitarios	179
Sergi JIMÉNEZ, Natalia JORGENSEN y José María LABEAGA	
6. El impacto intergeneracional de la inmigración: un modelo básico	239
Ana MONTES y Michele BOLDRIN	
7. Efectos de la inmigración sobre el sistema español de pensiones.	267
Clara Isabel GONZÁLEZ, José IGNACIO CONDE-RUIZ y Michele BOLDRIN	

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
NOTAS	
1. Crimen e inmigración: cómo entender diferentes pautas	307
Giulio ZANELLA	
2. Consideraciones sobre «Inmigración y precio de la vivienda en España».....	319
Carlos GARRIGA	
Sobre los autores	329

PRESENTACIÓN DEL INFORME

Miguel FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ

Gobernador del Banco de España

Buenas tardes. Bienvenidos a este acto de presentación del I Informe FEDEA. Desde su fundación en 1985, la razón de ser de FEDEA ha sido generar análisis económicos de calidad. En todo este tiempo, la agenda investigadora de FEDEA ha abordado los problemas socioeconómicos más relevantes que, en cada momento, ha afrontado la economía española, destacando, entre otros, el mercado de trabajo, las pensiones o la situación financiera de las empresas españolas. En una etapa más reciente, que se inició el año pasado, la investigación en FEDEA se estructura a través de Programas de Investigación, que se denominan Cátedras de Investigación. El Banco de España contribuye, al igual que otros patronos, financiando una de dichas cátedras, la cátedra «Fuentes Quintana», que se ocupa de realizar y promover la investigación sobre Educación y Capital Humano y que organiza sus actividades alrededor de tres temas de investigación: i) el incremento educacional y el desajuste entre la oferta y la demanda de trabajo, ii) la participación laboral de la mujer y iii) la inmigración.

Para su primer informe anual, el tema elegido por FEDEA ha sido el impacto de la inmigración sobre la economía y la sociedad españolas. En este informe, como en todos los demás, los investigadores de FEDEA han plasmado el resultado de su trabajo analítico y sus opiniones con total independencia respecto de las instituciones patrocinadoras, incluido el Banco de España, que hoy tiene la satisfacción de oficiar como anfitrión de este acto. Con ello pretendemos mostrar el respaldo a la labor investigadora de la Fundación, pero lógicamente no debe interpretarse como una asunción de las opiniones recogidas en el informe, que pertenecen exclusivamente a sus autores.

Antes de clausurar este acto, permítanme que me refiera con unas breves palabras al contenido de este informe realizado por FEDEA.

Que la elección para el informe anual de FEDEA haya sido la inmigración no resulta sorprendente, dado que la llegada de inmigrantes ha sido uno de los principales acontecimientos que ha marcado el comportamiento de la economía española durante la última década. Tras esta experiencia, es importante extraer algunas conclusiones sobre las consecuencias socioeconómicas de la inmigración que puedan contribuir al proceso de decisión de políticas públicas, en especial en el proceso de ajuste económico en el que se encuentra inmersa la economía española. A este respecto, realizaré a continuación cuatro reflexiones que, a mi juicio, deberían ser tenidas en cuenta a la hora de valorar lo que ha supuesto, y puede suponer, la inmigración en el desarrollo socioeconómico de nuestro país:

1. En primer lugar, desde un punto de vista cuantitativo, durante la última década del siglo XX y lo que llevamos de la primera del siglo XXI, los flujos de inmigrantes hacia Europa han crecido notablemente, siendo España el principal país receptor. De hecho, desde el inicio del siglo XXI, España ha tenido una tasa de inmigración, cercana al 1,5%, que raramente se ha observado en otros países, salvo en ocasiones excepcionales. En épocas recientes, sólo cabe comparar tal flujo de inmigrantes a lo sucedido en Portugal, a mediados de los años setenta, tras la descolonización, en Israel tras la caída de los regímenes soviéticos, o en Irlanda durante la expansión económica que se inició a mediados de los ochenta. En el caso español, esta llegada de inmigrantes explica buena parte del impulso demográfico de la última década. Según los datos del Padrón de Habitantes, a 1 de enero de 2008 la población no española residente en España suponía el 11,33% de la población total, habiéndose incrementado en alrededor de 4,7 millones de personas desde 1996, periodo en el cual el crecimiento de la población total residente en España fue de aproximadamente siete millones de personas. La población extranjera residente en España tiene unas características individuales algo distintas de la población española. Restringiéndonos a la población inmigrante de países que no pertenecen a la UE(27), se trata de una población relativamente más joven y con niveles educativos ligeramente inferiores. Al tener mayor peso los grupos de población en edad de trabajar y haber mostrado una tasa de actividad más elevada que la de la población española, la población inmigrante ha contribuido a elevar la tasa de empleo. Es principalmente este efecto sobre la tasa de empleo lo que ha llevado a varios estudios a concluir, bajo supuestos conservadores acerca de la relación entre la inmigración y la productividad, que aproximadamente un 25% del crecimiento de la renta per cápita española durante la presente década se puede atribuir a la inmigración.

2. *En segundo lugar, hay que señalar que los efectos de la inmigración sobre el mercado de trabajo no se reducen a la tasa de empleo. La llegada de inmigrantes ha contribuido a cambiar el funcionamiento del mercado de trabajo. En demasiadas ocasiones, el impacto laboral de la inmigración se presenta exclusivamente como la competencia entre nativos e inmigrantes por los mismos puestos de trabajo. La idea de que el nivel de empleo está fijo y de que, por tanto, la llegada de inmigrantes, o su retorno a sus países de origen, mejora las oportunidades de empleo de la población nativa es un error desde el punto de vista económico, como lo es sostener que expulsando del empleo a los trabajadores mayores, con prejubilaciones y jubilaciones anticipadas, se mejora las oportunidades laborales de los jóvenes, o que la mayor participación laboral de las mujeres perjudica las oportunidades de empleo de los varones. De hecho, varios estudios que han abordado la relación entre inmigración y desempleo no han podido encontrar evidencia empírica que permita sostener esta idea. Por lo que respecta a la población inmigrante que ha llegado a España, por sus características individuales mencionadas anteriormente y por sus pautas de participación laboral, ha resultado ser complementaria a la población nativa, ocupándose en actividades en la que la oferta de trabajo nacional era escasa y mostrando unos niveles de movilidad geográfica y sectoriales muy superiores, lo que ha permitido la creación de empleo en regiones y sectores intensivos en mano de obra. En definitiva, la inmigración ha contribuido a flexibilizar el mercado de trabajo y, posiblemente, haya favorecido que determinados grupos de la población puedan haber mejorado su productividad.*

3. *Existe otro error común en los debates económicos, la denominada «falacia de la composición», que consiste en atribuir algo a un fenómeno en su conjunto, cuando dicha atribución puede que sólo sea correcta en relación a una de las partes de dicho fenómeno. Por ejemplo, una disminución de la renta media en un determinado momento y país se interpreta como una disminución de la renta de todos los individuos de dicho país, aunque puede que lo único que haya ocurrido es que, habiendo aumentado la renta de muchos o todos los individuos, también se haya incrementado el porcentaje de la población con menor renta. Al ignorar estos efectos de composición, se suelen establecer relaciones causales entre dos variables, sin tener en cuenta que la supuesta causa es el resultado de agregar observaciones heterogéneas. En consecuencia, el hecho de que la población inmigrante tenga características individuales algo distintas de la población nativa resulta también relevante para el análisis de otras consecuencias socioeconómicas de la inmigración tan variadas como, por ejemplo, la demanda de servicios y de prestaciones sociales o su impacto sobre la relación de intercambio entre desempleo e inflación, una cuestión muy relevante para las labores que tienen*

encomendadas los bancos centrales. Por ejemplo, en un documento de trabajo recientemente publicado en la serie del Banco de España se concluye que el distinto comportamiento laboral de los inmigrantes, en lo que se refiere a su oferta de trabajo, explica que, durante la reciente expansión económica en la que la tasa de desempleo se redujo en más de diez puntos porcentuales, la tasa de inflación se haya mantenido alrededor de dos puntos porcentuales por debajo de lo que hubiera resultado en ausencia de la inmigración. Hay otro ejemplo sobre la importancia de tener en cuenta la heterogeneidad en el análisis del impacto de la inmigración: cuando se afirma que la población inmigrante es más proclive a demandar determinados servicios sociales que la población nativa, se suele hacer, incorrectamente, comparando la demanda media del conjunto de inmigrantes y la de los nativos, no comparando la demanda de dichos servicios de inmigrantes y nativos de las mismas características individuales. En consecuencia, el análisis de las consecuencias socioeconómicas de la inmigración debe reconocer la heterogeneidad individual y establecer relaciones causales a partir de datos microeconómicos que permitan identificar adecuadamente dichas relaciones. La utilización de bases de datos que permitan estos ejercicios empíricos y la aplicación de los métodos de análisis apropiados son la base para la mejor comprensión del fenómeno de la inmigración.

4. Finalmente, en el análisis de la inmigración, al igual que en el de muchos otros asuntos con impacto económico, conviene aclarar el horizonte temporal en cuestión. Resultados o implicaciones que son ciertas en el corto plazo, no necesariamente lo son en el largo plazo. Por ejemplo, es bien sabido que un incremento de la tasa de ahorro, al reducir el consumo, tiende a ralentizar el crecimiento de la actividad económica en el corto plazo. Sin embargo, en el largo plazo, sólo una mayor tasa de ahorro puede permitir la acumulación de capital y de conocimientos que den lugar a una mayor producción. En el caso de la inmigración, existe la visión optimista, pero errónea, de que la llegada de inmigrantes ayuda significativamente a resolver el problema de financiación de las pensiones ante el proceso de envejecimiento de la población en el que estamos inmersos. Siendo cierto que, en el corto plazo, al tratarse de una población relativamente joven y con una tasa de empleo elevado, sus contribuciones a la Seguridad Social superan con creces las prestaciones recibidas en forma de pensiones de jubilación, no ocurrirá lo mismo, en un periodo de dos o tres décadas, cuando los inmigrantes actualmente activos en el mercado de trabajo se jubilen y pasen a recibir las prestaciones generadas por sus contribuciones. En términos más generales, hay muchos aspectos que pueden condicionar sus consecuencias socioeconómicas a medio y largo plazo. Las pautas de retorno de los inmigrantes a sus países de origen, el proceso de asimilación de los inmigrantes que permanezcan en nuestro

PRESENTACIÓN DEL INFORME

país, o el comportamiento de la segunda generación de inmigrantes en el sistema educativo y en el mercado de trabajo son los más importantes.

Como ven, el análisis de las consecuencias socioeconómicas de la inmigración es una tarea ardua que debe contemplar numerosas dimensiones y conviene abordarlo contando con la suficiente información estadística y métodos de análisis rigurosos, como el contenido en el Informe que hoy presentamos. Solo así podremos obtener un conocimiento fiable de este fenómeno tan importante para la España actual.

Muchas gracias por su atención y doy por clausurado este acto de presentación del Informe Anual de FEDEA.

Madrid, 16 de octubre de 2008

INTRODUCCIÓN

INTERPRETANDO LA LLEGADA DE LOS INMIGRANTES A ESPAÑA

Michele BOLDRIN (coordinador)

Que desde la primera mitad de los años noventa han llegado a España muchos inmigrantes, y siguen llegando ahora, es algo claro para todo el mundo. En cada uno de los capítulos que siguen, el lector podrá encontrar todos los detalles estadísticos que le hagan falta sobre el tamaño, la composición y las demás características del flujo inmigratorio español. No solamente esto: encontrará también los datos y los análisis necesarios para entender el impacto que la inmigración tuvo sobre la calidad de nuestras escuelas, las cifras de delincuencia, la demanda y la oferta de servicios sanitarios, las oportunidades de empleo de los españoles, y mucho más.

Sin embargo, lo que interesa en esta monografía no es tanto la descripción del fenómeno «inmigración» sino el esfuerzo por entender lo que este hecho ha supuesto y supone para un país como España. Por ese motivo, esta introducción se dedica a ofrecer al lector una clave interpretativa y analítica que le permita poner las diferentes contribuciones posteriores en una perspectiva unificada; algo así como el «modelo español de crecimiento» de los últimos quince años sobre el que se asienta el fenómeno inmigratorio. De esta forma espero evitar la tentación de saltarse la introducción, pensando que, como casi siempre ocurre, no es más que un resumen largo y mal escrito de los capítulos que siguen.

Dos advertencias. La primera se refiere a que lo que sigue es *mi* modelo interpretativo de lo que ocurrió en la economía española a lo largo de los últimos quince años y del papel que la inmigración ha jugado en ese pro-

ceso. No es el modelo del resto de investigadores que han contribuido a este volumen, cuyos trabajos interpreto libremente y, es posible, de una manera que ellos no comparten. La segunda advertencia: en realidad no tengo un «modelo» en el sentido verdadero del término, sino sólo algunas piezas del mismo. De hecho, para un economista, lo que ha ocurrido en España desde el 1994 no es fácil de interpretar con ninguno de los modelos económicos disponibles, incapaces de explicar aspectos singulares del proceso de crecimiento español. Las notas que siguen son eso, apuntes sin ninguna esperanza de transformarse en un modelo completo y omnicompreensivo.

Unos números que cuestionan las teorías

Comencemos con unos números, pocos y todos positivos, para subrayar lo que es bueno del crecimiento español de los últimos quince años. El crecimiento en la tasa de actividad (y en el número de empleados) en España a lo largo de este periodo ha sido un verdadero, «el verdadero», milagro económico. En 1994 la tasa de ocupación, el porcentaje que importa, estaba al 47,6%, frente a una media OCDE del 63,3%, con Italia al 51,4%, Alemania al 67,5%, Estados Unidos al 62,5% y Francia al 58,6%. En 2005 los valores eran, respectivamente, 65% (España), 64,4% (OCDE), 57,8% (Italia), 71,3% (Alemania), 62,7% (Estados Unidos) y 62,8% (Francia). Los valores absolutos son aún más sorprendentes: los afiliados a la Seguridad Social pasaron desde los 12,3 millones de 1994 a los 18,4 de 2005 (18,9 según la EPA), lo cual representa un crecimiento del 50% en el número de empleados en once años. Si el empleo en Estados Unidos hubiera crecido de manera semejante, en 2005 los empleados en EE.UU. hubieran sido 187 millones, mientras que en realidad fueron (¡solamente!) 141,7. Entre 2005 y 2007 el empleo español ha seguido creciendo antes de descender, muy pronunciadamente, a lo largo de 2008.

En cierto sentido el milagro español de 1994-2008 empieza y acaba aquí: se ha producido un enorme crecimiento del empleo y, como consecuencia, de la producción y de la riqueza nacional. Una parte, muy significativa, de este crecimiento del empleo se debe a la inmigración. El resto de parcelas de nuestra economía se quedaron, al menos aparentemente, tal cual estaban al comienzo: la productividad del trabajo, la especialización sectorial de la economía, la composición de la mano de obra y el nivel tecnológico. Este hecho ya supone un primer desafío a muchos de los modelos económicos utilizados para explicar el crecimiento a largo plazo, en los que un crecimiento de la tasa de empleo de esa magnitud requiere o bien un crecimiento igualmente dramático de la productividad del trabajo o bien un cambio radical en las reglas que regulan el mercado del trabajo. Nada de esto ocurrió en España si bien es verdad (y volveré a esto más adelante)

que algunos cambios significativos se han producido en el funcionamiento del mercado de trabajo.

A lo largo de este periodo de tiempo el PIB español creció siempre por encima del 2% y con bastante frecuencia por encima del 3%. Que yo sepa, solamente existe históricamente en Europa un país que haya conseguido hacer mejorar esas cifras desde 1970, y es Irlanda, que ha ido creciendo a tasas aún mayores. Sobre Irlanda, y lo que podemos aprender de ese otro milagro europeo, volveremos también más tarde. Pero catorce años de crecimiento que dobla la media de la UE es algo extraordinario. Estados Unidos creció a tasas parecidas durante periodos más cortos (seis y siete años, en los ochenta y los noventa, respectivamente, no catorce) y todo el mundo habló del milagro americano. Olvidaron que, en los años ochenta, la productividad total de los factores en Estados Unidos (el país en la frontera tecnológica) crecía más o menos al 1% anual, es decir, algo parecido a la España del periodo 1994-2008. Es verdad que desde el comienzo de los noventa la productividad americana se ha acelerado creciendo algo más (algunos dirán que «mucho más», pero me temo que hacen mal las cuentas, como veremos en cuanto el humo de la crisis nos permita verlo). Por el contrario, la productividad española se ha ralentizado, quedando por debajo de la de nuestros socios en la UE. Éste es, como todo el mundo dice y por una vez comparto, el problema fundamental de la economía española. Pero es un error pensar que nuestra escasa productividad se debe a la llegada de inmigrantes de «mala calidad», es decir, poco productivos y con escaso capital humano. De hecho, como se recoge en el capítulo de Amuedo-Dorantes y de la Rica, la calidad de la mano de obra que España ha importado es muy parecida a la que teníamos en España. Y lo mismo puede decirse de los niveles de educación, al menos si nos fijamos en los títulos alcanzados.

¿No será la causalidad, si realmente podemos hablar de causalidad en este contexto, en sentido contrario al que piensan muchos? En lugar de pensar que la productividad del trabajo no aumenta porque estamos importando inmigrantes con escaso capital humano, tal vez merece la pena comenzar a pensar que España importa trabajadores con escaso capital humano (como los nacionales) porque la productividad de las empresas españolas es baja y no saben qué hacer (es decir, no demandan) a trabajadores cualificados. Un dato que refuerza esta hipótesis es el siguiente: mientras los trabajadores inmigrantes tienen contratos temporales en una proporción mucho mayor que los nacionales, su productividad, sector a sector, no es inferior a la de los españoles. El problema de la productividad es, por tanto, intrínseco a la economía —y a las empresas— españolas; y poco tienen que ver los inmigrantes. Si las empresas españolas supieran aprovechar la mano de obra altamente cualificada, y por tanto tuvieran fuertes incentivos para contratarla, esos serían los trabajadores que recibi-

ríamos. Así llegamos al mayor desafío que el «milagro español» supone para la teoría económica del crecimiento.

En la mayoría de los modelos económicos para que haya crecimiento a largo plazo se necesita un aumento de la productividad del trabajo. Ese aumento puede ser exógeno o endógeno, como consecuencia de la acumulación de capital humano o de la adopción de tecnologías más avanzadas. En cualquier caso el crecimiento de la renta per cápita es consecuencia del aumento de la productividad. Pues bien, en España la renta per cápita ha crecido estos años porque ha aumentado el porcentaje de personas que trabajan sin que la productividad tuviera crecimientos significativos. Es más, aumentó sustancialmente durante el periodo el capital humano del trabajador medio y la intensidad del capital en la economía sin que estos dos hechos (que, teóricamente, debían haber hecho aumentar la productividad) consiguieran que esta variable creciera.

Creció, lo hemos comentado varias veces, muy significativamente el empleo en este periodo, en buena medida por el crecimiento del nivel de educación, dado que en España tasa de actividad y educación, tanto en españoles como en inmigrantes, están directamente relacionadas. Y aquí reside el misterio. No es difícil entender por qué los españoles trabajan más y ahora la tasa de actividad es una vez y media la de hace quince años. España era el país más «sub-empleado» de Europa, así que alguien tenía que empezar a trabajar, tarde o temprano. Además, la creación de un mercado de trabajo paralelo por medio de los contratos temporales ha flexibilizado tanto el empleo que lo ha hecho atractivo incluso con productividades persistentemente bajas. Lo sorprendente es lo que, continuando el razonamiento, debía haber ocurrido y no lo ha hecho.

La entrada masiva de trabajadores supone la apertura, igualmente masiva, de nuevas empresas y por tanto un crecimiento significativo de la competencia en casi todos los sectores económicos. Al aumentar la competencia crece la productividad del trabajo ya que las empresas, las nuevas y las que ya estaban establecidas, tratan de reducir costes algo más que sus competidores para tener una ventaja competitiva. Pues bien, esto es lo que no parece haber ocurrido en España, o para ser más específico, ha ocurrido en unos pocos sectores manufactureros y de producción/distribución de energía, pero no en la agricultura y totalmente no en casi todos los servicios públicos y privados. Es verdad que los pocos sectores donde la productividad ha subido de manera significativa, son también los sectores más expuestos a la competencia interna y sobre todo a la internacional, de modo que, en cierto sentido, las predicciones de la teoría se cumplen. Pero resulta difícil pensar que los servicios en España estén tan cerrados a la competencia y tan protegidos por colegios, asociaciones profesionales o sindicatos que la productividad no llegue a crecer en un

periodo de expansión tan intenso. Pero esto es lo que finalmente ha ocurrido en España durante estos años y ésta es la cuestión más importante que un economista aplicado puede atreverse a estudiar: ¿Cómo se ha evaporado la productividad?

Los problemas

Si miramos los grandes agregados macro económicos de España desde el año 2000, nos encontramos con un Producto Interior Bruto que crece alrededor de un 3% anual, un crecimiento del consumo algo superior (3,5%) y una formación bruta de capital fijo notablemente superior (5%). En otras palabras, la demanda interna crecía al 4%, mientras que la producción crecía un punto menos. Si esta diferencia persiste, catorce años después tienes una brecha sustancial, del tamaño del déficit comercial español. ¿Pasa algo? Para muchos, tener un déficit comercial que ha llegado a ser de un 10% del PIB y que, aun ahora en el medio de una crisis muy grave, sigue siendo del 7-8% del PIB es algo «malo», «evitable» y «dañino». No es mi caso. De hecho, creo que es una de las pocas cosas «normales» en la senda de crecimiento de la economía española de los últimos quince años. Es más, se trata de un fenómeno saludable y útil, y en el que la inmigración ha jugado un papel decisivo. Así se explica en el trabajo que he preparado con Ana Montes y que tal vez incluye demasiadas fórmulas, lo que requiere que le dediquemos un minuto.

La explicación es, efectivamente, muy sencilla. A España han llegado más de cinco millones de personas, de los que alrededor de tres millones y medio han encontrado empleo a lo largo de estos diez años. Llegaron aquí sin prácticamente capital alguno (por eso venían). Por tanto, el capital necesario para construir su casa, así como para las máquinas y el resto de herramientas que necesitan en su trabajo, debe haber salido de algún otro sitio. Suponiendo, como confirman los datos, que la propensión al ahorro de los españoles no ha variado significativamente desde 1994 (de hecho, ha bajado unos cuantos puntos) está claro que el capital adicional que hacía falta para los inmigrantes no podían ofrecerlo los nacionales. Por tanto, ha tenido que venir del extranjero: el creciente déficit de la balanza comercial española se explica, por lo menos desde 1998, por la necesidad de importar el capital que los inmigrantes iban a utilizar en su actividad laboral. Nada más, nada menos: de hecho esto es exactamente lo que (¡por fin!) la teoría económica predice. Si se produce una llegada masiva de inmigrantes la economía reacciona manteniendo más o menos la misma tasa de ahorro e importando el capital que haga falta.

Desde este punto de vista, el déficit comercial ha sido la solución al problema, no el problema. El problema era, o ha sido y es, la enorme caída de

la fertilidad española que ha generado una reducción significativa en el tamaño de las nuevas cohortes laborales y, que ha generado la «demanda» implícita de inmigración. Adicionalmente, el problema ha sido, y sigue siendo, la falta de una política racional y bien diseñada de inmigración, que regule la entrada en el país de trabajadores extranjeros y no permita flujos que la capacidad de endeudamiento al exterior de la economía española no puede soportar. A falta de fertilidad y a falta de una política de inmigración, el sistema económico no ha podido hacer nada más que reaccionar endeudándose frente al exterior. Si el déficit comercial no era un problema, ¿cuáles eran, entonces, los problemas? Uno ya lo he mencionado, pero vuelvo a repetirlo, en compañía de su hermano gemelo.

Problema núm. 1 Las tasas de crecimiento de la productividad del trabajo (PT) y de la productividad total de los factores (PTF) eran muy bajas: entre 1995 y 2005 algo superiores al medio punto porcentual al año, la primera, y un poco más, alrededor del 1,0%, la segunda. En 2006 y 2007 los valores fueron un poco superiores, pero sin que esto supusiera gran diferencia.

Problema núm. 2 El crecimiento de los costes laborales unitarios y la tasa de inflación fueron bastante superiores, en casi dos puntos la segunda y de poco menos de un punto la primera, a la de nuestros «competidores». La consecuencia fue una reducción de la «competitividad» de la economía española frente a la de nuestros competidores más cercanos (los otros países europeos) y, en particular, frente de China, India y el resto de países emergentes.

Estos problemas son, de hecho, el mismo problema. Son problemas en sentido «absoluto», es decir, situaciones no deseables, pero no lo son en sentido «relativo», es decir, como limitaciones a un crecimiento que España disfrutó. Probablemente en un mundo ideal, donde fuera posible escoger las tasas de crecimiento que más nos conviene, sería estupendo crecer a un 3,5% anual (y por qué no, a un 7%) gracias a un crecimiento del 10% de la productividad total de los factores, reduciendo proporcionalmente las horas trabajadas y el capital invertido. En un mundo ideal, podemos transformar instantáneamente los trabajadores de la mina o del campo en ingenieros electrónicos, y los camareros en biólogos que trabajan en laboratorios farmacéuticos, obteniendo de esta forma incrementos de productividad en el trabajo del 15% anual. Pero en las economías reales, cambiar el capital humano de la mano de obra lleva muchos años, décadas a veces. De hecho, resultados mucho mejores son posibles en el contexto de una función de producción neoclásica bajo el amable supuesto de que la productividad total de los factores puede crecer de forma independiente, desconectada de lo que pasa a su alrededor. Sin embargo, el modelo neoclásico poco nos sirve para explicar lo que pasa en las economías reales,

tampoco en el caso de España, dado que la productividad total de los factores no es algo exógeno, sino el resultado de nuestras inversiones sobre unas condiciones iniciales que son las que son. España no es California. No lo era en 1986 y probablemente nunca llegará a serlo. Por tanto, para entender lo que ocurre en nuestro país, es preferible mirar a países que se parezcan a España en sus condiciones iniciales, y pensar en términos de «ventajas comparativas», y de lo que es «posible», no lo que es «deseable». La economía es la ciencia de lo posible, no del ideal deseable, que se lo dejamos a los políticos.

Si miramos con esos ojos a la España de los noventa, lo que nos encontramos es un país con productividades muy bajas en comparación con la media europea, una mano de obra reducida (la tasa de empleo no superaba el 50%), escasamente educada y con un capital humano bastante pobre de manera especial en aquellos sectores que ya entonces se entendían como los más dinámicos (informática, electrónica, biología, aeroespacial); una red de infraestructuras y servicios públicos bastante deficiente en comparación, por ejemplo con Francia e Italia, y un capital productivo e industrial antiguo y en plena reconversión industrial. A estas condiciones iniciales -no especialmente brillantes- hay que sumarle un mercado laboral bastante rígido, una pirámide demográfica negativa y con tendencia a empeorar; y una escasa inversión en los sectores tecnológicamente más avanzados. ¿Qué puede hacer un país en estas condiciones para desarrollarse?

Las recetas

Hay unas cuantas recetas muy naturales para un país que se encuentra en esa situación:

(A) *Educación la mano de obra*, especialmente la más joven, elevando progresivamente la calidad y la cantidad de capital humano. No es tarea de un mes, ni de pocos años, tarda de hecho casi una generación, pero hay que empezar a hacerlo cuanto antes exactamente porque tarda mucho en dar resultados. En España, desde principios de los noventa, la tasa de participación en los niveles altos de escolarización (especialmente en las universidades) ha ido subiendo progresivamente, hasta alcanzar en los últimos tiempos niveles similares a los de los países europeos más avanzados. Un proceso que comenzó, masivamente, hace quince o veinte años para los jóvenes que entonces tenían dieciocho, no ha tenido tiempo de cambiar la composición agregada del capital humano. No obstante, el capital humano va cambiando y el trabajo de Zynovieva, Felgueroso y Vázquez incluido en este volumen nos enseña que, en realidad, España está educando también a los hijos de los inmigrantes y lo está haciendo de manera satisfactoria frente a muchas dificultades.

La mano de obra española en los grupos de edad superiores a los 35-40 años es todavía de baja calidad en términos de capital humano. Esta es una realidad que no podemos modificar ni hoy, ni mañana. Esos trabajadores, muchos de los cuales tienen todavía por delante quince o veinte años de vida laboral útil, no podrán nunca —porque no han recibido esa formación— diseñar aviones, escribir líneas de código para programas en internet o gestionar servicios financieros o sanitarios muy sofisticados. Para que estos trabajadores continúen trabajando, hace falta que haya puestos de trabajo adecuados a sus capacidades (y que se creen sino los hay). Es decir, sigue haciendo falta inversión en sectores y tecnologías «maduras». De otro modo lo que obtendremos de los albañiles no serán ingenieros genéticos, sino parados. La buena noticia es que están llegando —y cada día serán más— los veinte y treintaeros con educación universitaria y otro capital humano.

(B) *Aumentar la participación laboral, y la del empleo en particular.* Como he subrayado antes, la subida de la participación laboral ha sido el verdadero milagro español. Sin embargo y debido a los problemas mencionados arriba, hace falta más. Hace falta más empleo porque es improbable que, en el corto plazo, la productividad del trabajo español comience a aumentar significativamente. Si queremos aumentar la renta por capita hace falta trabajar más. Para lograrlo, hay que fomentar las inversiones en aquellos sectores y en aquellas tecnologías que pueden emplear la mano de obra que tenemos, no la que vive alrededor de Palo Alto, California. Instrumentos claves para el crecimiento del empleo son, obviamente, una mayor flexibilidad del mercado laboral, una menor carga impositiva sobre la renta laboral (en particular, menores contribuciones a la seguridad social), y una mayor descentralización de la negociación colectiva que permita la fijación de los salarios a nivel de empresa, es decir, en función de la productividad de cada lugar y no a nivel agregado.

Algunas de estas cosas, pocas, se hicieron; muchas quedan que hacer; pero los efectos beneficiosos de las pocas cosas hechas ya se han visto en el crecimiento sustancial del nivel de empleo. La verdad es que teniendo en cuenta lo reducido de los cambios, los resultados parecen milagrosos y son una llamada al esfuerzo político y sindical. Si cambios tan pequeños han tenido efectos tan beneficiosos, por qué no seguir avanzando en esa dirección incorporando a las reformas las relativas a los sistemas de previsión social. Esa es una materia donde, a diferencia de los apartados A) y C), una reforma adecuada puede generar beneficios incluso en el corto plazo de una legislatura.

(C) *Invertir en infraestructuras,* aumentando al mismo tiempo su cantidad y calidad. Son especialmente relevantes las que se refieren a los sistemas de transporte, comunicación, agua y electricidad. Los fondos que ha recibido España de la UE durante buena parte de este periodo han sido

utilizados eficientemente por los diferentes gobiernos mejorando significativamente las infraestructuras. Dos décadas después de la incorporación a la Europa comunitaria, España tiene un sistema de transportes y telecomunicaciones ligeramente peor que el francés y el alemán, mejor que el italiano y similar al británico. Muchas infraestructuras son todavía necesarias, los países no se pueden dormir, también porque como ocurría con el capital humano, los rendimientos se obtienen muchos años después del planeamiento y el comienzo de la ejecución.

(D) *Liberalizar significativamente*, especialmente allí donde la productividad no sube. En estos momentos de crisis financiera y recesión en España, hablar de más liberalizaciones y más competencia genera reacciones tan negativas como inmotivadas. Sin embargo, es preciso insistir que si es verdad, y es verdad, que en muchos sectores de la economía española (en los de los servicios especialmente) lo que han crecido estos años han sido los precios y no la productividad, entonces hace falta introducir competencia. El crecimiento de la productividad no se puede obtener por decreto ley, la política no puede imponer productos mejores y mas baratos. La política sólo puede establecer los incentivos para que esto ocurra. Las recetas que se sugieren en los apartados A)-C) van todas en esa dirección, pero sin un escenario mucho más competitivo, especialmente en los servicios, la experiencia de los últimos quince años nos enseña que pueden generar crecimiento del empleo y hasta de su calidad, pero no necesariamente de su productividad. Y sin crecimiento de productividad no vamos a ir llegar mucho más lejos una vez que el tren de la economía mundial vuelva a ponerse en marcha.

La convergencia

Hasta ahora hemos visto que España ha tenido unos resultados espectaculares, casi milagrosos en los últimos quince años; que esos resultados han convivido con problemas significativos como la escasa productividad de nuestra mano de obra (problema 1), el elevado crecimiento de los costes laborales que se ha traducido en pérdida de productividad (problema 2) y un fuerte y persistente déficit comercial (problema 3, que por cierto no considero problema sino una gran suerte). También hemos visto que, dadas las características de la economía española de los noventa, las medidas adoptadas han ido por la buena dirección. Nos queda por entender cómo han funcionado los mecanismos que han permitido la convergencia de España con el resto de la UE. Inmersos en la crisis de 2007-¿?, entender estos mecanismos de convergencia nos servirá para saber si la crisis nos devolverá mucho más atrás (lo que realmente no lo creo). Para eso podemos utilizar un modelo sencillo.

Imaginemos una economía, por ejemplo, la española que se compone de dos listas muy largas de «elementos» que llamaremos Capital (K) y Trabajo (L). La lista K esta formada por los componentes $K(1)$, $K(2)$, ... etcétera, hasta, por ejemplo $K(454)$. Este último es el mejor tipo de capital que existe, el más productivo, con la más alta tecnología, en definitiva la vanguardia de la innovación. Obviamente no hay solamente un capital en $K(454)$, hay varios, pero esto da igual. Las máquinas en $K(1)$ son las más antiguas, las menos eficientes, las que usan una tecnología más primitiva. Los demás $K(N)$ están en el medio, de forma que cuanto más alto es N mejor y más productiva es la máquina. Lo mismo vale para los trabajadores, cuya lista también incluye muchos tipos de L , con distintos capitales humanos; desde $L(1)$ que no sabe ni leer ni escribir, hasta $L(511)$ que es una persona con tres premios Nobel y cien invenciones muy rentables. Cuanto más alto sea M (el índice en el que varía la lista L), mayor es su capital humano y su productividad. No hace falta que los índices de K y los de L sean iguales: puede ser que los trabajadores sean de 511 tipos y los capitales solamente de tres.

Lo relevante es lo siguiente: si el trabajador $L(M)$ sabe trabajar con la maquina $K(N)$, entonces el mismo trabajador puede trabajar con todas las maquinas $K(N')$ porque $N' < N$. Desde el otro lado, si la maquina $K(N)$ se puede manejar por el trabajador $L(M)$, también se puede manejar con el trabajador $L(M')$ siempre que $M' > M$. Bastante sencillo y natural. Una «empresa» consiste en una pareja (un «matching» dicen los economistas) $[K(N), L(M)]$ tal que el tipo M sabe trabajar con la máquina N . Cuanto más altos son los índices N y M en una empresa, más productiva es la misma y más alto su valor añadido. El problema es saber cómo se hace el matching, quién escoge a quién, y, en particular, cómo cambian en el tiempo las composiciones de las dos listas, o sea, qué máquinas $K(N)$ se abandonan, cuáles se introducen, cuáles son los trabajadores que dejan de trabajar y los nuevos que llegan.

Empecemos desde la última cuestión, la relativa a los trabajadores. En este caso todo se mueve muy lentamente y lo conduce la demografía (que incluye la inmigración), las pautas educativas y, marginalmente los incentivos fiscales y regulatorios dirigidos a «mejorar» la profesionalidad. Es decir, si en un determinado año una economía como la española tiene una lista $L(1)$, $L(2)$, ..., $L(M)$, ..., $L(511)$, diez años después la lista no será muy distinta. K se mueve, por el contrario, mucho mas rápidamente. No siempre ha sido así, pero desde los años cincuenta los cambios tienen lugar en mucho menos tiempo. El cambio tecnológico, por un lado, y la globalización por el otro, favorecen la mejora constante de las máquinas, de las tecnologías, de los instrumentos de producción. Así países que no tienen mucho $K(N)$ pueden adquirirlo muy rápidamente; o recibir en muy poco tiempo inversiones de $K(N)$ con N muy alto. Irlanda, desde 1986 es un ejemplo perfecto, como lo son desde hace diez años las tres repúblicas bálticas,

como lo fueron Corea, Taiwan, y los dragones asiáticos en las décadas de los setenta y los ochenta. Finalmente, y es la parte más importante, hay que preguntarse: ¿cómo se crea una empresa? ¿Cómo se genera un proyecto? El matching no es simétrico. $K(N)$ busca a $L(M)$ y le elige, no al revés. Así ocurre por muchas circunstancias, que todos entendemos bastante bien, pero fundamentalmente se debe a dos hechos: K es mucho más móvil que L , y K casi siempre toma el riesgo residual. Esta última afirmación es importante: cuando $K(N)$ acepta hacer un *matching* con un $L(M)$, acuerdan un sueldo $W(N,M)$ y, después $K(N)$ se queda con el residuo del valor añadido que esta empresa genera. Así que K siempre desea comprar el $L(M)$ más barato que puede, bajo la condición que el capital humano M de este trabajador le permita utilizar la máquina N .

Ahora ya tenemos casi todo listo para entender el desarrollo español de los últimos veinte años y, en mi opinión, lo que vendrá en los próximos quince o veinte. Sólo nos faltan dos detalles, uno teórico y otro histórico o si quieren empírico. El detalle teórico es el siguiente: si una empresa tiene la combinación [$K(N)$, $L(M)$] y el empresario quiere mejorar la máquina y comprarse una $K(N')$, la idea le va a costar bastante más que comprarse otra $K(N)$. Así que lo hará solamente si es muy conveniente, o sea si el trabajo que va con $K(N')$ es abundante y suficientemente barato. El detalle empírico es que, no solamente España tenía al principio de los años noventa una gran cantidad de trabajadores $L(M)$ con una « M » muy baja, sino que han llegado casi cuatro millones de trabajadores que también tienen un N tan baja cuanto la de los trabajadores nativos. ¿Hubieran podido llegar trabajadores desde fuera con una N más alta? Lo dudo, y varios de los estudios contenidos en este volumen explican por qué.

El crecimiento de la economía española, con su aspecto milagroso, hasta la llegada de la crisis, puede por tanto interpretarse de la siguiente forma: La entrada en la UE, y las pequeñas reformas que han flexibilizado levemente el mercado laboral han hecho posible el crecimiento del $K(N)$ de España. Como inversión desde el exterior y como inversión doméstica de los empresarios españoles, el stock de capital ha crecido enormemente en los últimos quince años. Pero el empresario, racionalmente, siempre invierte en el $K(N)$ que, dadas las condiciones del mercado del trabajo, tiene más posibilidades de encontrar un $L(M)$ barato y que sepa utilizar la máquina. Si hay mucho $L(M)$ con M bajo, no es para nada conveniente invertir en máquinas $K(N)$ con N alto, ya que se encuentran muy pocos trabajadores con un M suficientemente alto como para hacer rentable esa inversión. Dicho de otra forma, si hay muchos albañiles a disposición en la plaza del pueblo, no es una buena idea invertir en servidores informáticos y preguntarles si por favor trabajarían de diseñadores gráficos. Es verdad que, si lo supieran hacer, el valor añadido de la inversión sería mayor, y su productividad también. Pero ya que no lo saben hacer, y que hay muchos de

ellos, el capital también encuentra rentable contratar los albañiles para que hagan lo que saben hacer, edificar viviendas. A la moraleja de esta parábola ya me he referido cuando hablaba de las recetas A-D) del apartado anterior.

Conclusión

Inmersos en una crisis económica severa en nuestro país, agravada por la crisis financiera internacional, corremos el riesgo de pensar que el periodo anterior de crecimiento estaba fundamentado en unas bases equivocadas; y que la inmigración, como exponente del uso de una mano de obra poco cualificada, debe ser severamente limitada. Nada mas lejos de la realidad. España hasta 2007 vivió la senda de desarrollo posible. El proceso de inversión y crecimiento de los últimos veinte años ha sido bueno y saludable, además del único posible: ha conseguido dar empleo a una gran masa de trabajadores que en ningún caso hubieran podido trabajar con máquinas y técnicas mas sofisticadas de las que hemos visto llegar. Por una sencilla razón: no lo sabían hacer, no hubieran sido capaces de utilizarlas, no habían gestores y empresarios capaces de enseñar o de dirigir ese tipo de actividades.

La riqueza de un país siempre ha sido, pero hoy más que nunca, el conocimiento de sus ciudadanos: los de España sabían y sabemos hacer ciertas cosas, no otras. La alternativa a este modelo de crecimiento no hubiera sido un «milagro español», sino simplemente, la falta de crecimiento que han vivido países como Italia o Portugal. Los inmigrantes, como se explica en el resto de este trabajo, no son el problema que ha intensificado la crisis en nuestro país. Son una buena parte de la solución si se llevan a cabo las reformas adecuadas.

En medio de la crisis que nos aturde, puede tener sentido perder unas horas y mirar hacia atrás. Mirar al proceso de crecimiento que nos has hecho mucho más ricos en los últimos quince años, y de cómo ha acabado ahora. En el corazón de ese proceso de crecimiento está la llegada de millones de trabajadores y ciudadanos extranjeros. Ellos están soportando al mismo tiempo en un número elevado buena parte del ajuste inicial de esta crisis. Comprender el papel que han desempeñado y desempeñan en la economía y sociedad española, que es el objetivo de esta monografía, puede resultar útil para descubrir las vías que nos permitan superar la situación actual. Son ya probablemente la parte muy dinámica de la economía española que merece la pena no perder de vista.